



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Lucio Funes y las tradiciones de Mendoza

Autor: Ferreira de Cassone, Florencia

Forma sugerida de citar: Ferreira, F. (1999). Un "espíritu de quietud moral". Humboldtian Writing: Alexander von Humboldt y la escritura en la modernidad. *Cuadernos Americanos*, 5(77), 152-166.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XIII, Núm. 77, (septiembre-octubre de 1999).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Lucio Funes y las tradiciones de Mendoza

Por *Florencia FERREIRA DE CASSONE*
Universidad Nacional de Cuyo, Argentina

El hombre y su medio

LA TRADICIÓN NACIONAL fluye como una gran corriente enriquecida con afluentes y matices que reflejan todos los aspectos de la personalidad argentina. Ese estilo se ha formado, pues, con la contribución de modalidades y formas que muchas veces son ignoradas por quienes viven un país en el cual aquella personalidad está asediada por tendencias que la desfiguran. De cada una de las provincias nos llegan lecciones de lo que es la Argentina profunda.

Por eso interesan las formas de la tradición nacional y en ese panorama no cabe duda de que Mendoza se distingue con fuerza y originalidad; ésa es la razón por la cual traemos la figura y la obra de don Lucio Funes.

Entre el grupo de los historiadores que han distinguido a Mendoza con sus investigaciones y libros, pero sobre todo por su contribución al sistema político que dio a la provincia el nivel de orden y convivencia social que perdura incluso hasta la época actual, está el doctor Lucio Funes, a quien queremos evocar como una contribución al conocimiento de nuestras auténticas tradiciones.

Mendoza tiene una fisonomía peculiar dentro de la Argentina y esa singularidad se puede comprender mejor con el conocimiento concreto de los hombres y las obras que la han forjado. En primer lugar es necesario referirse a la figura humana de Lucio Funes, nacido el 8 de enero de 1872 en el seno de una de las más antiguas familias mendocinas y, en ese marco, situar su obra tanto en sus características singulares como en lo que refleja de la cultura de la Mendoza de entonces. Por vía materna, los Coll, tenía lejana ascendencia inglesa y por su padre venía de la estirpe criolla de los Funes de Córdoba, los del Deán. Don Santos, el padre, rico, influyente y manirrota, perdió casi toda su fortuna en lances políticos y malos negocios, pero los hijos, gracias a las muchas leguas de

buena tierra que conservaron, pudieron estudiar en la Universidad de Buenos Aires, como hizo Lucio, hacia finales del siglo.

En las páginas de sus recuerdos juveniles ha dejado Funes la memoria de sus días en el Colegio Nacional de Buenos Aires y en la Facultad de Medicina, donde se graduó de médico. Se desempeñó como interno del Hospital de Niños de Buenos Aires y en 1899 volvió a radicarse en Mendoza, donde organizó el Hospital el Carmen y trabajó en el Hospital San Antonio y en la Asistencia Pública.

Participó en congresos médicos en Chile y en Buenos Aires en 1925, pero su personalidad desbordaba el estricto marco de su profesión. En razón de sus intereses y de una indudable vocación por la actividad pública, actuó en la política, como era común a los profesionales de su tiempo, que consideraban el servicio público como una obligación moral y social inherente al lugar que ocupaban en la sociedad.

La política, entonces como ahora, era un escenario turbulento y complejo donde chocaban ideas, personalidades e intereses de todo orden. Era un campo de prueba para los temperamentos y las vocaciones, donde la relativa tranquilidad de los turnos de gobierno y la representación legislativa era alterada por la violencia de conspiraciones y asonadas civiles y militares. La política, en suma, exigía poseer un temple singular para imponerse a hechos y circunstancias y el doctor Funes encontró en ella uno de los lugares más apropiados para expandir su rica personalidad.

Dentro del liberalismo que caracterizaba a los argentinos de su tiempo, la posición de Funes tenía una nota singular. Por razones familiares y políticas se podría decir que era un conservador, siempre y cuando esta denominación no impida comprender la simpatía que experimentaba por grandes figuras de políticos que de algún modo disentían con el régimen liberal y conservador que predominaba en la República. Funes simpatizó con la Revolución de 1890 y vio con interés el surgimiento de personalidades como las de Leandro Alem e Hipólito Yrigoyen, los cuales le merecían el mismo respeto que sentía por Carlos Pellegrini y otras grandes personalidades de esa época. Es decir, era un liberal en lo ideológico, un conservador en las actitudes políticas y, sobre todo, tenía una sensibilidad abierta a la captación de la incipiente democracia que surgía en la Argentina y en Mendoza.

Incómodo en el encasillamiento rígido de los partidos, fundó uno que llevaba su sello personal, el Partido Popular, y se convirtió en un crítico opositor de muchos aspectos de los gobiernos

conservadores de Mendoza, sin que esta actitud lo llevara a adherir a la versión del radicalismo que encabezó José Néstor Lencinas, cuyo estilo político mereció duras objeciones por parte de Funes. También fue opositor a los gobiernos de Galigniana Segura, Emilio Civil y Rufino Ortega, contra los cuales organizó manifestaciones y suscribió documentos y protestas.

Otro rasgo que lo vincula con una vieja tradición provincial fue su actividad en la agricultura. Fruticultor y viñatero, instaló una fábrica de dulces, fue uno de los dueños de los manantiales de Villavicencio y el que hizo conocer las virtudes curativas de sus baños y de su agua. También se ocupó de la minería y de las explotaciones gasíferas.

Una personalidad dinámica y emprendedora y una vocación política permanente exigieron la expresión periodística. Amigo de Adolfo Calle, fue redactor y director de *Los Andes* y fundó y fue propietario de dos diarios importantes en la cultura de Mendoza: el vespertino *La Tarde* (1910) y *La Libertad*. Organizó y fue el primer presidente de la Sociedad Médica, en compañía de Julio Lasmartres y Alfredo Metraux (1910). Además, junto con Federico Corbin, trajo a Mendoza el primer automóvil.

Pero la política siguió siendo una de sus vocaciones más firmes. En 1900 fue diputado provincial y elector de la presidencia de Manuel Quintana. Diputado nacional entre 1914 y 1916, ocupó la vicepresidencia de la Cámara y fue miembro de diversas comisiones en importantes debates parlamentarios. Volvió a Mendoza para ser director general de Escuelas, oportunidad en la cual fundó cuarenta y cinco establecimientos y numerosas bibliotecas populares (1916). De su actuación legislativa se recuerdan creaciones tan importantes como la Asistencia Pública, el Cuerpo de Bomberos y otras reparticiones de la Salud Pública tanto en Mendoza como en los departamentos. Su obra de gobierno se caracterizó por su interés en la educación, como demostró la reconstrucción del antiguo Colegio Sarmiento, transformado en la moderna Escuela Patricias Mendocinas, y la creación de las escuelas normalistas de San Rafael, la industrial Fray Luis Beltrán y la de Bellas Artes.

Mientras desarrollaba esta tarea de gobernante y político, Funes continuaba con otra de sus vocaciones auténticas: la literatura política, de la cual había dado testimonio como ensayista y periodista. Esta dedicación se fue acendrando con el correr de los años y la publicación de diversas obras, pero faltaba la institución que debía ser la base del cultivo serio y sistemático de estos estudios, y

así fue que participó en la fundación de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza, organismo del cual fue vicepresidente y presidente. En este carácter presidió el Primer Congreso Nacional de Historia (1943).

En 1900 Lucio Funes se casó con Florencia Villanueva, hija de Elías Villanueva —gobernador de la Provincia en dos oportunidades— y sus dos hijas, Florencia y Susana, acompañaron al padre en varias actividades. El hombre cuya trayectoria pública y privada hemos sintetizado tenía rasgos notables en su personalidad. Su carácter era el de un romántico que a pesar de su incesante actividad, consagrada a la política, el periodismo y la profesión, guardaba un lugar afectuoso y tierno para su familia y amigos, a quienes reunía en tertulias famosas por las personalidades de Mendoza y de otros lugares que llegaban a nuestra ciudad. Baste mencionar los testimonios de las visitas de José Ortega y Gasset, Jacinto Benavente y Carlos Pellegrini junto a muchos otros. Entre sus grandes amigos se contaban historiadores como Julio César Raffo de la Reta, Fernando Morales Guiñazú, además de Carlos Ponce, Federico Corbin, Adolfo Calle y los hermanos Day.

Generoso hasta el extremo, era proverbial su largueza para todo aquel que lo necesitara y nadie solicitó en vano su ayuda en dinero y en todo tipo de recursos. En esos gestos y en una vida dedicada al servicio público, gastó su fortuna familiar y muchas veces se quejó, amargamente, de la ingratitud con que suelen ser pagados estos gestos.

Otro rasgo importante de su carácter, que se advierte en un aspecto de su producción literaria, fue su sentido del humor, jamás cáustico ni agresivo, sino teñido por una ternura hacia las debilidades ajenas que motivaban la sonrisa y que no impedían la nota punzante cuando ésta era necesaria. Pensaba que la risa estruendosa no era un rasgo mendocino y que para captar las situaciones de humor era necesario acomodarse a un medio tono entre la insinuación y la sugerencia. Este aspecto se advierte en las notas periodísticas que supo intercambiar con amigos y compañeros por razones circunstanciales enfrentadas con humor y comprensión.

El doctor Lucio Funes fue uno de los hombres de cultura más amplia y sólida de su tiempo. Lector infatigable de libros, diarios y revistas, su gran biblioteca reflejó la variedad de sus gustos y aficiones. No sólo la historia, como es lógico, sino también la literatura argentina y española, como lo prueba su extraordinario entusiasmo por el *Quijote*, que fue uno de sus libros de cabecera.

Como escritor, cultivó un estilo claro y elegante, tanto en prosa como en verso, porque fue autor de poemas de temas familiares, líricos y satíricos, escritos con inspiración e invariable buen gusto. Su obra literaria es considerable y sólida, sin mengua de la llaneza coloquial que, a la manera de Larra —uno de sus autores preferidos— sirvió para la narración de las anécdotas, que constituyen una parte sustancial de su obra, que interesa tanto como testimonio de los sucesos de su tiempo como visión histórica de una sociedad concreta. Una historia penetrada sutilmente por el sentido del humor y por la voluntad de comunicarlo a través del periodismo. Porque Funes, en consonancia con la facilidad de su estilo, supo captar los rasgos de hombres y situaciones y proyectarlos en una visión histórica que ha quedado como uno de sus aciertos mayores.

Aunque no se consideró a sí mismo como un historiador profesional, tuvo una firme conciencia de la seriedad con que debía asumirse esta tarea y que debía basarse en archivos y fuentes documentales, rigurosamente organizadas. Por ese motivo, fue uno de los fundadores del Archivo Histórico de Mendoza, medida con la cual procuró que los documentos no fueran escamoteados ni adulterados por las familias interesadas en dar una visión parcial de ciertos sucesos, sino que se conservaran en los correspondientes repositorios.

Como historiador se inscribe en la tendencia heredera de Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre, modelos historiográficos durante largos años en la Argentina, pero esta adscripción no impidió su apertura intelectual a figuras y situaciones históricas opuestas a dicha tradición, como lo prueba el libro que consagró a Pedro Pascual Segura, gobernador de Mendoza en la época de Rosas.

Dotado de una gran sensibilidad artística, tuvo una gran predilección por la música, tanto clásica como popular. Fue muy aficionado al tango, que le gustaba bailar y a la música folklórica mendocina, a la cual contribuyó con coplas y letras que merecieron su musicalización en cuecas y tonadas. Fundó La Peña, donde se interpretaba música, y gracias a su intervención muchos jóvenes recibieron educación musical mediante becas. Del mismo modo impulsó la formación de orquestas y bandas juveniles como muestras de esa vocación por la música que jamás abandonó.

También fue sensible a las artes plásticas y además de los amigos que hizo entre artistas, pintores y escultores, colaboró como coleccionista de obras de arte. Uno de sus mejores amigos fue el

pintor Fernando Fader, con quien trabajó en la construcción de la presa de Cacheuta, de tan malogrado final. También ayudó a jóvenes pintores como Fidel de Lucía, Bravo, Lair Estrella, Roig Matons y otros.

En la década de 1920 había abandonado la actividad política y estaba consagrado a las tareas intelectuales como escritor y periodista. De esa época datan también sus actividades en la agricultura, que ya hemos mencionado.

La obra

EL realismo literario hispánico, que reconoce precedentes en los cuadros de costumbres y en la descripción de personajes y situaciones sociales, tuvo cultores notables como Mariano José de Larra, Ramón Mesonero Romanos, Serafín Estébanez Calderón. Estos autores costumbristas llegaron con sus obras hasta el siglo xx y los rasgos de esta tendencia, que se advierten en obras como las de Benito Pérez Galdós y Leopoldo Alas, *Clarín*, permiten comprender un aspecto de la influencia que tuvieron en todo el orbe hispánico.

El cuadro de costumbres tuvo un desarrollo importante en la América hispánica: en México, Colombia, Chile y Perú hay autores y libros que acreditan esta afirmación. Obras como *Recuerdos del pasado* del chileno Vicente Pérez Rosales o las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma, figuran con justicia en los primeros lugares de la literatura hispanoamericana y, en la Argentina, las de Pastor Obligado y Lucio V. Mansilla son también ejemplos de esta rica tradición literaria.

Esta corriente condujo al cultivo de la literatura regional, donde permanecían aspectos esenciales de los valores que también se reflejaban en el folklore y en las artes populares y prefiguraba un interés por la historia que muchos escritores sentían con una atracción particular. Como en ellos predominaba la tensión estética, preferían el camino del relato antes que la reconstrucción historiográfica, que exigía un método y una documentación ajena a una vocación literaria que se explayaba en anécdotas y relatos, y sin mengua de su calidad literaria tenía su base en un conocimiento y, sobre todo, en una comprensión simpática del pasado de sus sociedades respectivas.

El amor al terruño y sus tradiciones, así como el gusto por las manifestaciones típicas de una sociedad y una época, provenían

de la voluntad de comprensión de los hombres y las mujeres que componían el contorno propio.

Lucio Funes comenzó su obra literaria muy joven. Primero, con artículos periodísticos que luego recogió en sus diversos libros. Más tarde, definida su vocación e intereses intelectuales, fue publicando una obra dentro de la cual podemos distinguir dos grandes apartados: la literatura costumbrista de narraciones y anécdotas y la obra específicamente historiográfica, aspectos que están íntimamente vinculados tanto en los temas como en la actitud general del escritor.

En 1927 publicó *Al margen de la historia*, a la cual siguió *Mendoza colonial* (1931) que reunía varios artículos publicados originalmente en *La Prensa*. A continuación aparecieron sus *Recuerdos del pasado* (1937) y *Anécdotas mendocinas* (1939), títulos que muestran claramente el rumbo temático que tomaba su actividad literaria.

En tiempos de la Confederación: el gobernador don Pedro P. Segura (1939) y los *Episodios históricos* (1947), exhiben un enfoque predominantemente histórico, al igual que *Gobernadores de Mendoza: la oligarquía. Primera parte* (1942) y *una Segunda parte* (1951). Casi todas sus obras fueron editadas en Mendoza en los Talleres Gráficos de los hermanos Best, muy acreditados en la tradición de los impresores mendocinos.

Sintió una verdadera admiración por José de San Martín, a quien le dedicó varios artículos. Asimismo, en *Al margen de la historia*, recuerda distintos momentos de la vida de San Martín en Mendoza. Afirmó que escribía para que se conociera la historia y la función que le cupo a nuestra provincia en el proceso de la organización nacional y en el prólogo a su obra *En tiempos de la Confederación* decía: “La circunstancia de encontrarme con sucesos y hechos que no conocía y de que nadie se ha ocupado hasta el presente —que yo sepa— me indujo a estudiarlos con detenimiento y de ahí, conociendo su importancia, me resolví, a último momento, a darles una forma orgánica, reuniéndolos en un volumen, para su mejor difusión”.

Ya dijimos que tuvo conciencia de su lugar en la historiografía y pudo escribir: “No soy historiador ni me vanaglorio de ello”, pero consciente de que la historia del “interior” estaba todavía por escribirse se decidió a brindar un aporte personal con las características literarias que tienen todas sus obras. Tuvo conciencia de las acechanzas que el partidismo ideológico, los intereses políti-

cos y los prejuicios personales impedían la búsqueda de la verdad histórica, pero afirmó su intención de que los habitantes de los “14 ranchos”, como alguien denominó despectivamente a las provincias, alcanzaran este conocimiento, tanto a través de las narraciones y anécdotas como a la luz de nuevas y verídicas investigaciones documentadas.

Por ello escribió:

Al olvido que pesa sobre la memoria de los hombres públicos, impuesto por la maldad, la calumnia o la ingratitud de los pueblos, debemos anteponer nuestro reconocimiento, enalteciendo y honrando sus nombres. Alguien ha dicho que los pueblos que honran a sus más preclaros ciudadanos se honran a sí mismos. Y ésta es la obra que toca realizar a los que se dedican en el interior a este género de estudios, de carácter tan ingrato por la escasez de fuentes informativas donde recurrir y la incomprensión de ciertas personalidades, que consideran los archivos oficiales como bienes propios, donde sólo tienen acceso las personas de su simpatía o íntima relación.

La somera enunciación de los títulos de sus obras nos acerca al punto que queremos subrayar en nuestra consideración de la obra de Funes: la narrativa anecdótica y costumbrista de intención y base histórica, dentro de la cual se advierte un rasgo central de su espíritu; la visión comprensiva, entre satírica y humorística, que tuvo de una Mendoza en cuya tradición él mismo y su familia ocupaban un lugar central.

Un conocido lugar común insiste en que el hombre es el único animal capaz de reír. Desde comienzos de la historia, o de la prehistoria, para ser más exactos, al hombre le ha gustado que lo hicieran reír, o al menos sonreír, y hay pueblos, como el inglés, que se sienten especialmente atraídos por una literatura que privilegie los rasgos de humor, especialmente a costa de los otros, ya que pocos tienen —o tenemos— el sentido del humor como para reírnos de nosotros mismos.

Filósofos y pensadores han teorizado sobre la risa, sus mecanismos, el humor y lo cómico. Han tratado de desarmar los resortes que provocan la carcajada, o al menos la sonrisa, y sólo han logrado aproximaciones certeras y eruditas, pero no han hecho otra cosa que rodear la cáscara de ese fenómeno misterioso que hace que un chiste sea gracioso, que atraviese el tiempo, que se reitere a través de generaciones. El humor comprende lo cómico, la risa, la

gracia, lo ingenuo; el humor candoroso, transparente, infantil; el humor absurdo, negro; el humor político.

Funes sintió como pocos ese llamado a la simpatía y al afecto por la gente de su terruño, pero este sentimiento estaba impregnado y definido por ese sentido particular del humor ya aludido y que aparece en toda su literatura, tanto en la narrativa como en la histórica. En él se dio con estilo y fuerza notables esta intención de conocer y comprender a Mendoza y los mendocinos. Recordaba que en momentos

de reconcentración en mí mismo, suelo reír, de buena gana, aun a riesgo de hacer sospechar a quien me sorprenda en tales momentos, que no debo andar muy bien de mollera, cuando sin causa determinante doy tales muestras de regocijo, perdiendo la gravedad y la línea, que es fama debe acompañar a los discípulos de Esculapio, por aquello —*vox populi*— de que quien da muestra de mayor tiesura y prosopopeya tiene que gozar de mayor vigor de sabiduría, de acuerdo con el adagio, cuya sabiduría no discute, cuando afirma que “la palabra es plata y el silencio oro”.

Y esas modalidades tuyas las transparentaba admirablemente en su prosa, fluida, amena, sin rebuscamientos ni afanes de erudición; escribe como habla en su casa, en la calle o en la tertulia del club. *Recuerdos del pasado* es la historia anecdótica, cordial y risueña de Mendoza de medio siglo atrás, narrada bellamente; siluetas amigas, escenas vividas y días de paz espiritual, que justificarán una vez más el conocido verso de Manrique: “Cualquier tiempo pasado fue mejor”. Describe tertulias, fiestas y costumbres, con una realidad que podría llamar plástica, porque así surgen en la mente sus figuras y sus escenas, con color, con dimensiones y con vida propia.

Esta parte de su obra, consagrada a la evocación del pasado mendocino, se distingue por el estilo que, como hemos dicho, fusionaba la historia con la literatura costumbrista. Desde este punto de vista, y en numerosas obras, se refirió a ciertos acontecimientos que consideraba emblemáticos de las situaciones sociales y políticas de la Mendoza de antaño.

Uno de esos sucesos fue la revolución del 9 de noviembre de 1866 contra el gobernador Facundo Civil. Su padre, don Santos Funes, había dado una fiesta con motivo del nacimiento de un hijo, circunstancia que convocó a un numeroso grupo de amigos cuya presencia se consideró como un movimiento conspirativo en con-

tra del gobernador. Funes fue procesado y condenado a la cárcel y a diez años de destierro, vio confiscados todos sus bienes y fue obligado a exiliarse en Chile. Su compadre y socio, Exequiel Tabanera, aprovechó la circunstancia para comprarle la estancia de Campo de los Andes, con todas sus cabezas de ganado, por un precio irrisorio y a largos plazos.

La defensa de don Santos estuvo a cargo de Bernardo de Irigoyen, su amigo de la infancia, quien probó ante la Suprema Corte nacional que el acusado sólo había cometido el delito de dar una fiesta a la cual habían asistido un grupo de ciudadanos que jamás habían pensado convertirse en revolucionarios.

Dentro de esta literatura aplicada al recuerdo del pasado ocupó un lugar predominante todo lo que se refería a la memoria nostálgica de su infancia y juventud. En el mismo libro, ya citado, hay páginas muy hermosas consagradas a este tema, entre las cuales leemos:

Mis primeros recuerdos precisos datan de la edad de seis a siete años. Había rendido mis exámenes en la Escuela de Mujeres que existía en la Alameda y cuando me proponía tomar mis vacaciones en El Challo, con los míos, fui atacado de una terrible fiebre que puso a mis padres en alarma, induciéndoles a llamar al médico, cosa que se reservaba para cuando las papas quemaban, en aquellas épocas, en que se llevaban a la práctica las reglas más estrictas de economía casera. Se recurrió para que me atendiera a una de las tantas notabilidades extranjeras que llegan al pago en tren de descubrirnos, con apellidos que huelen a ciencia, pero que en general suelen resultar más ignorantes que los del terruño, con honrosas excepciones que me complazco en reconocer. El galeno en cuestión, después de zarandearme de lo lindo y hundirme los dedos en el vientre dolorido, como si se tratase de amasar bolos, diagnosticó un embarazo gástrico, cosa que no dejó de sorprenderme en aquella edad de inocencia. Y las cosas fueron tan mal, que una noche creyéndome difunto me rodearon de velas, rezando en obsequio de mi alma el mejor repertorio conocido, hasta que el presunto muerto, vuelto en sí y enderezándose en el lecho ¡pidió a gritos algo de comer! De lo que se deduce que no deben tomar a lo serio cuando fallezca otra vez, porque me siento capaz de resucitar de nuevo.

Este anecdotario es de gran interés para reconstruir la traza urbana de la vieja Mendoza, antes de la llegada del ferrocarril. Por ejemplo, recuerda que la Penitenciaría estaba situada frente a la Plaza Independencia en el local que ocupa hoy el Plaza Hotel y Casino:

La vida era monótona, sin centros de diversión, rutina que se rompía de tiempo en tiempo con la propaganda del Ejército de Salvación... A estas

reuniones concurrían muchas familias, atraídas por lo novedoso del espectáculo, que no dejaban de admirar nuestras condiciones de conversos y afiliados a tan meritoria institución. Félix Sicardi, el conocido médico, jamás faltaba a estas audiciones y era uno de los principales guitarristas. Tal vez debido a los meritorios servicios que presté a las capitanas en la difusión de sus doctrinas, debo la buena suerte que me ha acompañado, para salir bien, en mis tantas pellejerías.

En su relato “La vida escolar” contaba que a la edad de cinco años asistió a la escuela de Santa Rosa, San Luis, donde sólo había un maestro:

Se trataba de un moreno, vestido invariablemente de una levita de color indefinido, por su impregnación de grasa, y cuya ciencia pedagógica se reducía a hacernos leer a todos los chicos, en una novela bastante deteriorada por el uso cotidiano, único libro —según infiero— de que disponía el establecimiento. Al iniciarse las clases nos colocaba en fila, pasando el libro de mano en mano y el alumno que se equivocaba en la lectura recibía tantos azotes como errores cometidos, aplicados por el que había leído mejor. Sucedió que, como yo era el único que leía medianamente —en razón de haberseme enseñado en casa— era el obligado ejecutor de las sentencias. “Te doy un canuto de patay si me pegas despacio”, me decía alguno de los chicos, cuando no me ofrecían paquetes de roscas de maíz tostado, que en la época a que me refiero era el desayuno habitual de grandes y pequeños, en aquellos pagos.

Como casi todos los hombres de su tiempo, educación y condición social, Funes, como su padre don Santos, se declaraba refractario o incrédulo en materia religiosa y no tomaba en serio los milagros de santos o mejorías de curanderos. En aquella escuela de Santa Rosa hubo una terrible sequía y Funes contaba que iba en traje de monaguillo

repartiendo incienso a diestra y siniestra, orgulloso con las delicadas funciones que me habían sido encomendadas, y estábamos a punto de llegar al altar, cuando de improviso, fuimos sorprendidos por un formidable trueno. Inútil es agregar que perdimos la santa en el camino, y en lo que a mí se refiere, tuve necesidad de andar varios días con la cabeza vendada. En cuanto al incensario, hasta este momento, no he vuelto a tener noticias de él.

Otro recuerdo infantil fue el de la escuela dirigida por doña Juana Mayer, con todos los elementos didácticos y una disciplina estricta:

Un día, con Jorge Gibbs, conseguimos meter durante el recreo en nuestra aula una vaca lechera, que tenía la directora, ocultándola en un rincón. La penitencia más común con que se nos castigaba era el encierro en la pieza

de la cocinera, en cuyo baúl encontrábamos cuanto hay de imaginarse en materia bucólica.

¿Pa' qué traen ese muchacho? ¡Mejor es que lo hinquen en cruz, por pícaro!

Funes gozaba de una popularidad auténtica en toda la ciudad y contaba que, cuando se cruzaba en la calle con un cochero de plaza que había sido su condiscípulo en la escuela, le gritaba alegremente al pasar:

- ¡Adiós, Lucio!

- ¡Adiós, Pedro! ¿Todavía no te mueres?...

- ¿Tú, siempre político?

- Ya no. ¡Al fin pude sacarme de raíz el mal!

Su paso por el Colegio Nacional estuvo caracterizado por una serie interminable de encierros y penitencias, motivadas por su espíritu inquieto, y como muy bien dijera años después Leonidas Aguirre, en uno de sus famosos discursos —refiriéndose a nuestra acción en la política local— “no hay incidencia, protesta, motín o escándalo, en que, por mangas a faldas, no participemos con Lucio Funes [...] Y a este respecto, me ha sucedido lo que a Martín Fierro, que se encontraba en todas las listas, menos en las de pago”.

Leonidas Aguirre fue profesor de Lucio Funes, y en conocimiento de su actitud bochinchera y rebelde, amenazó de entrada a sus alumnos si no se portaban bien. Con Aguirre hizo muy buenas migas y desde aquella época cultivaron una estrecha amistad. Otro de sus condiscípulos fue Rufino Ortega, a quien recordaba por su espíritu bromista y que comenzaba en esa época a prepararse para ser gobernador.

Como buen humorista no titubeaba en burlarse de sí mismo y aun de su nariz aguileña, que algunos consideraban de origen borbónico. Pero sobre todo recordaba una vida estudiantil en Buenos Aires, lejos de Mendoza y en un ambiente proclive a las aventuras de la juventud:

Una noche de gran baile, había presentado al doctor Ambrosio Quadri —mi practicante menor del Hospital de Niños— a quien toda la concurrencia le pidió con empeño que tocara el violín, en virtud de la fama que le habíamos dado de hábil diletante; quieras que no se le puso un violín en las manos, hasta que nuestro hombre, ya en tren de jarana —visto lo inútil de sus excusas— se alborotó la melena, frunció el ceño y enarbolando el arco

arrancó con furia al instrumento formidable serie de chillidos y de notas raras y estrambóticas, en medio de grandes gestos de admiración nuestros, que magnificábamos la fantasía creadora del eximio ejecutante. Aquella pieza, que bautizamos por *Variaciones sobre la ira de Lucifer*, hizo época.

Muchas páginas de los libros de Funes están consagradas a estos recuerdos porteños que complementan muy bien las copiosas anécdotas y narraciones referidas a Mendoza.

En una finquita que su familia tenía en Luján, se albergaban varios de sus amigos: Julio Raffo, Benjamín Civit, Vicente Saurina, Samper, Osmar Pérez Freire, los Campillo y Enrique Day, que según Funes era maestro en despedidas, empezaba con versos como el siguiente: “Adiós, mi vida, me voy por los campos suspirando”, y se posesionaba tanto de su papel de viajero, tomaba tan a pecho la despedida, que con frecuencia solía dejar convertida en Magdalena a la dama a quien le dirigía el “cogollo”.

Durante sus veraneos en el Challao y el Carrizal, Funes escribía un periódico titulado *El rompe y rasga. Órgano para las damas* en el que colaboraban la mayor parte de los huéspedes, con la característica de que casi todas las producciones eran en verso. Un número se publicó en homenaje a los esposos González con motivo de sus bodas de oro —del cual poseo un ejemplar que Rosita González ha tenido la gentileza de darme— y donde leemos, entre otros versos:

Presente está Corominas
y como es de imaginar
no viene aquí a pleitear
como alguien se lo imagina.
Aquí el hombre peregrina
insinuante y diligente
tratando atraer la gente
y en esta su devoción
¿busca la Gobernación o sólo ser Presidente?

Como gran estimulante
se cita la Esperidina
como se recuerda a Saurina
entre los hombres galantes.
Tomando como pretexto
ceremonias religiosas
cayeron algunas mozas

con despreciativo gesto
y aunque peque de molesto
y pase de entremetido,
les he descubierto el nido:
ellas tienen intención
de buscar colocación
en la agencia de Cupido.

En esas ocasiones se bailaban bailes criollos como la cueca, el gato y la media caña, cantada en aquellos tiempos por Juan Antonio Carrera, Exequiel García y Félix González compusieron para Funes algunas aleluyas Felipe de Rosas y Pedro Bombal :

Nace en Mendoza don Lucio
con cara de trapo sucio
por disposición divina.
Desde que nace camina.
Su cara es color de barro
porque sufre de catarro.
Aunque su rostro es un plano,
lo apellidaron Cirano.
No se le escapa gallina,
cuando ejerce medicina.
Al Carrizal arribó
y para embromar sirvió.

Todos los años también editaba un periódico titulado *Las Brisas*, que se imprimía en casa de Julio Lemos, en una plancha *ad hoc*. En este periódico escribían Juan de Rosas, cuyos chistes hacían época; Federico Palacio, que hacía las primeras armas en el periodismo, en que después fue un maestro; Julio Lemos, que, a pesar de su gravedad, tenía alma de literato y a quien no le faltaba gracia en sus escritos; Abelardo Tabanera, Arturo Funes, Félix Sicardi, Carlos Lemos, etcétera.

Era gobernador de Mendoza en aquella época el doctor Guñazú, en cuyo gobierno gozaba de gran influencia el doctor José Néstor Lencinas, que desempeñaba las funciones de intendente municipal, ocupando el cargo de jefe de Policía su cuñado el comandante Torres. Como cronista del diario oficial, Funes debía contener sus impulsos de crítico pero al final se cansó y se incorporó a gente más atrevida y bullanguera.

Funes se hizo cargo de las críticas malévolas que se hacían a los mendocinos, como la de Ricardo Rojas, quien se refirió a la ausencia de mentalidades dedicadas a las letras y las artes, mientras predominaba el mercantilismo. Pero Funes sostuvo que Rojas tenía algo de razón por cuanto, hasta no hace mucho, los mendocinos vivían pendientes casi exclusivamente del precio de la uva o del vino, o de la renta que tendrían el año venidero. Daba, como ejemplos, que dos mendocinos, Agustín Álvarez y Fernando Fader, tuvieron que alejarse del terruño, perseguidos por la legión de mediocridades—los búhos apagadores como los clasificaba Leonidas Aguirre—, que no perdonaban al hombre que demostraba talento y que pretendía sobresalir de la chatarra uniforme.

Los que escribían en la prensa con valentía recibían el mote de “locos”, como los “locos” Aguirre, Ponce, Álvarez y Ricardo Day.

En 1906 se creó en Mendoza un movimiento de opinión contra la candidatura a gobernador de Emilio Civit, que propiciaba abiertamente Galigniana Segura desde su despacho oficial. Para sostener esta fuerza política, Funes fundó con Leonidas Aguirre y otros, *La Reacción*, diario que comenzó bien pero que, debido a la mala administración, dejó de aparecer. También abundantes textos referidos a su intensa actividad periodística y a sus variadas aventuras políticas.

En sus recuerdos políticos ocupó un lugar destacado su memoria de Leandro Alem, a quien conoció cuando éste vino a Mendoza para intervenir en una lucha política entre los radicales.

Le sorprendió la apostura arrogante del célebre tribuno al dirigir la palabra al público: “Antes de hablar, se peinaba la blanca barba, sacaba el pañuelo de mano, el que conservaba siempre en el puño amenazante. Su voz tenía inflexiones dulces, como se volvía tonante en sus apóstrofes a los gobernadores”.

Lucio Funes en muchos aspectos excedió a su tiempo y a sus coterráneos. Pudo haber alcanzado la fama de un Lucio V. Mansilla, con el que tuvo semejanza en lo físico y espiritual, pero el ambiente provinciano en que transcurrió casi toda su vida no facilitó su vuelo y realización. Quienes lo conocieron, recordarán la elegancia de este mendocino alto, delgado, de apostura varonil, con una imagen que conservó hasta sus últimos días, tocado con invariable bombín y con un fino bastón que marcaba su paso airoso y lo distinguía como una figura de la Mendoza de antaño.